



JORGE Lozano Vandewalle. [Textos Fernando Gabriel Martín... *et al.*]. Las Palmas de Gran Canaria; Santa Cruz de Tenerife: Filmoteca Canaria, D.L. 2006. 97 p. (Cuadernos de la Filmoteca Canaria. Documentos; 2). ISBN 84-7947-412-1.

Jorge Lozano: una tierna y apasionada mirada. El cine, como inmensa y poliédrica representación de la riqueza de la condición humana, es muchas cosas. Pasión de gentes tanto delante como detrás de una cámara. Para muchos, negocio y entretenimiento; para otros, cultura con mayúsculas; para unos pocos, un espacio para entronizar su

ego desmesurado; para otros muchos una humilde y constante aportación a la necesidad de hacer humanidad. Delirio mitómano para los más; simbiosis de vulgaridad y gravedad impostada para quienes lo miran severamente. Pasión cinéfila que encuentra placer en la mirada, casi voyeurística, sobre unas ficciones repletas, rebosantes de significados y significantes, que nos sumergen en lo más íntimo e inexpressado de nosotros a través de la catarsis colectiva que se manifiesta, cada día, en la oscuridad pudorosa de una sala cerrada, como si la vida no fuera nuestra ¿realidad?, sino algo que sucede en la ficción de la pantalla. Necesidad de sus demiurgos (directores, guionistas, actores, músicos...) de comunicar, de profundizar y develar el profundo misterio del alma humana, con matices que se multiplican hasta el infinito. Un poderoso instrumento de control y propaganda, de expresión y difusión de idearios nobles y también espurios. Necesidad de algo y de su contrario, como la profunda y contradictoria dualidad del ser humano. Impostura maravillosa y transformadora. Espejo en el que nos descubrimos y recreamos. Comunión de oficios y saberes diversos. Hay quienes opinan que es algo más que

el séptimo arte y desearían verlo desembarazarse de ese puesto infame, y también hay quienes dicen que es algo menos, y que el vocablo 'arte' le queda grande. Más allá de adjudicarle un puesto, diría que es, o puede ser, el séptimo arte, pero únicamente porque ha sido el último en llegar a la palestra de las formas de expresión humanas, pero que razonablemente es el que mayor repercusión tiene en nuestra sociedad actual, en sus múltiples formas, desde la clásica pantalla de cine hasta la posibilidad de contemplarlo (desde luego, no disfrutarlo) en la pantalla de un teléfono móvil.

Jorge, mi antiguo y querido vecino de la calle Álamo, en cuya casa vi con curiosidad y por primera vez un magnetoscopio, sabe mucho de soportes cinematográficos, puesto que, como bien dice, ha conocido prácticamente todos los formatos en los que puede quedar almacenada la imagen en movimiento.

Jorge Lozano es cineasta que, afortunadamente, escapa a las etiquetas (las cuales no hacen sino empobrecer y escamotear el análisis, trufándolo de lugares comunes), más interesado por buscar soluciones creativas a todos aquellos proyectos, de índole tan diferente tanto los que él mismo pergeñó como los

que se le han presentado en su rica trayectoria que por adscribirse a un género en particular. En el caso de Jorge, se me antoja que, y a riesgo de invocar una perogrullada, su afán por parir cine es, fundamentalmente, una forma de vida, una puesta en escena visceral que hace de la necesidad virtud, una excusa para tejer su particular red de comunicación con el mundo y de búsqueda de una sociedad mejor a través de esta forma de expresión coral. El cine es su puerta de acceso a su vida íntima, su personal anatomía del espíritu, expresada ésta a través de la vida de los otros aquéllos que quedaron indeleblemente impresionados en el celuloide de su linterna mágica y de las vidas de todos aquéllos a los que toca con su pasión por crear, con su infatigable y multifacética inquietud buscadora. Quizás su manera de expresarnos buena parte de sus necesidades y sus inquietudes, sus desesperaciones y sus plenitudes, las que le sobrevienen e inspiran desde el sustrato de su entorno inmediato, en cuya evolución como sociedad participa activamente. Es su manera de expresar el amor por nuestra tierra, por su patria chica, La Palma, luminoso terruño de ensueños crepusculares, por lo demás, muy cinematográfico, no tanto por

sus paisajes como por su condición de espacio para una sensualística y pausada contemplación, donde la vida transcurre como en un largo y cadencioso plano secuencia. Su particular aventura en busca de la excelencia y el conocimiento, reflejada además en el importantísimo trabajo antropológico que nos ha legado con su obra. Acción e impulso iniciático son también características de su persona.

Estructurado alrededor de una amena y enjundiosa charla/entrevista con Fernando Gabriel Martín, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de La laguna, y otras tantas y manifiestamente amorosas aportaciones de varios de sus colaboradores/admiradores (desde Loló Fernández, su esposa y alma gemela, hasta mi compañero del Aula de Cine de la Universidad de La Laguna, Emilio Ramal, pasando por las palabras llenas de gratitud y amistad de Elsa López y Luis Ortega Abraham entre otras magníficas semblanzas), se presenta esta miscelánea, desde mi punto de vista imprescindible, como lo es el siempre joven cineasta cuyo trabajo se expone. Porque imprescindibles son todos aquéllos que,

como Jorge, nunca se rinden, nunca cesan de perseguir sus sueños.

Pero, y puesto que el cine es uno de los principales inductores y germen de aquello que se ha dado en llamar valores, en este caso los míos, testigo de mi educación sentimental y pilar fundamental de mi acceso al conocimiento, creo que lo mejor que, a título personal, puedo aportar sobre la necesidad de divulgar el trabajo de Jorge es mi propia memoria: todavía hoy recuerdo vívidamente el desasosiego que me produjo el contemplar la caída, riesgo abajo, del protagonista de *El salto del enamorado*, una de las pocas películas tuyas que he podido ver. Y todavía hoy recuerdo la rabia e indignación que sentí al escuchar las palabras del mencey Tanausú: “¡Vacaguaré!”, y la tristeza de contemplar, en el tan añorado Circo de Marte, cómo su gente moría helada en la magnífica *Aysoraguan*.

Gracias, Jorge, por hacer más rica la experiencia vital de todos aquéllos que, aun de soslayo, hemos transitado tu obra.

AGUSTÍN M.
FRANCISCO CURBELO